

del Verbo. El misterio de la encarnacion, en que la persona del Verbo Eterno se unió hipostáticamente á la naturaleza humana, dejándose ver el Dios de la eternidad hecho un hombre mortal, sin que nuestro entendimiento pueda comprender cómo la naturaleza finita y limitada fué capaz de unirse á la sustancia infinita é ilimitada; pues este prodigio fué aventajado en el sacramento admirable, cuanto va de uirse Dios á la naturaleza humana, á convertirse por medio de la transubstanciacion en el Dios-hombre una miga de pan y una gota de vino. Con sobrada razon podemos exclamar que este es el compendio de las maravillas del Señor. En el sacramento agosto ha dado todo el tesoro de sus inmensos dones, su alma, su cuerpo, su sangre, su corazon, su divinidad, en una palabra, cuanto constituye la bienaventuranza de los predestinados: ya no tiene mas que darnos: el cielo no es mas rico que la tierra: *Os he enriquecido con el pan de mi cuerpo y con el vino de mi sangre, dice Jesucristo, ¿qué mas os podré dar, habiéndome dado á mí mismo?*

¿Con que Jesucristo en el sacramento agosto del altar ha hecho las demostraciones mas grandes de su omnipotencia, y nos ha dado los mayores dones? Pues bien, no es menos cierto que en él ha podecido por nuestro amor, cuanto nadie es capaz de ponderar. Descubrámos ya nuestras ingratitudes y nos confirmaremos en la grandeza de su amor. Un censo perpetuo de desprecios, de desacatos, de sacrilegios, siendo el primero la noche misma que lo instituye, multitud de profanaciones y de cuantos crímenes mas horrendos ha sido capaz de forjar la malicia de los demonios, y la ingratitud de los hombres, es lo que de luego á luego se presenta á nuestros ojos; no vé nuestra imaginacion sino un lago especísimo de las inmundicias mas intolerables, horrible á la vista, insufrible al olfato, é incapaz de tocarse sin aficcion y sin peligro de contaminarse. ¡Santo Dios! ¿Si no hemos podido explicar lo que habeis hecho por nosotros, y lo que nos habeis dado, cómo podremos ponderar lo que habeis padecido? Pero, lector piadoso, ¿no es verdad que los dias destinados especialmente al culto de este sacramento, son en los que se multiplican las

ofensas al sacramento agosto del altar? Cuántos cristianos que en todo el año casi no entran á los templos, en tales dias van á insultarle? Conversaciones sacrílegas, miradas impúdicas, distracciones groseras, todo, todo manifiesta bien el poco ó ningun aprecio que se hace del amor inmeso del corazon de Jesus.

No es bastante el dejar desiertos sus tabernáculos en todo el año, el que los pecadores beban su sangre; el que los impíos destrocen su carne, y que no haya quien se acuerde que há mas de mil ochocientos años que encerrado en los sagrarios espera una visita de los cristianos distraidos. Faltaba aun que cuando su corazon divino se hace salir por las calles en busca de los corazones humanos, le recibiesen los bombres armados de toda clase de iniquidad para ofenderle. Esto es lo que recibe en recompensa de su amor, esto es lo que ha ganado haciendo cuanto pudo inventar su sabiduría infinita, y dándonos cuanto posee en sus tesoros. Con todo, apesar de semejante correspondencia, ha dicho y así lo practica: *que sus delicias son el estar con los hijos de los hombres.*



LA OCTAVA

DE LA

FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Hoy termina la fiesta continuada con que en estos ocho dias ha celebrado la Iglesia á Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía. En el dia principal de la fiesta, en la dominica siguiente y en este dia de la octava, ha querido la Iglesia que aparezca en público el Hijo de Dios manifestando, como en triunfo, su soberanía y magestad por las adoraciones y homenajes de toda clase de personas, para reconocer y hacer como ostentacion del excelente don que Jesucristo nos ha hecho de su sacratísimo cuerpo y su preciosa sangre.

Que este don sea el mas excelente no puede absolutamente dudarse, pues que es el cuerpo y la sangre de un Dios; don tanto mas estimable, cuanto que es puramente gratuito y que nada nos lo ha podido merecer de nuestra parte. ¿Y quién ignora que una de las muestras del reconocimiento es publicar el bien que se ha recibido, apreciarlo debidamente en cuanto se pueda, y tributar al bienhechor la gloria que debe resultar de esto? He aquí por qué la Iglesia, agraciada por Jesucristo con un sacramento en que están contenidas todas las riquezas de la misericordia, y en que reside corporalmente la plenitud de la divinidad misma, no quiere de ninguna manera que sea un tesoro oculto. Sensible al amor y á la infinita liberalidad del divino Esposo, que le ha enriquecido consigo mismo, le muestra en los lugares públicos y le presenta á la vista de la multitud como dirigiéndonos estas palabras de David: *Venid y ved cuán grandes cosas ha hecho por mí el Señor.* Pero no solamente por mí, añade la Iglesia, sino por cada uno de vosotros en particular; por lo que concluye con el mismo profeta: *Venid pues, regocijémonos en el Señor, cantemos con júbilo las alabanzas del Dios Salvador nuestro: postrémonos derramando lágrimas en su presencia, pues él es el Señor Dios nuestro, y nosotros el pueblo y las ovejas de su grey.*

La misa de este dia es la misma que la del primero de la fiesta: el introito está tomado del salmo ochenta y desenvuelve desde luego todo este gran misterio. “Les dió de comer la flor de la harina de trigo, y los hartó de la miel de la piedra.” En el maná y el agua que sacó Moisés de una peña con su vara misteriosa en el desierto, y que fueron para los israelitas mas sabrosos que el mejor trigo y miel mas suave y delicada, está figurado Cristo Señor nuestro, cuyo cuerpo es el pan de los ángeles que en la sagrada Eucaristía recibimos los cristianos, y con el que nos fortalecemos para caminar por el desierto de este mundo bajo la direccion de nuestra Madre la Iglesia. ¡Grande y estupendo favor! Unámonos á nuestra Madre la Iglesia, repitiendo el versículo primero del mismo salmo: “Regocijaos en honor de Dios nuestro ayudador: cantad ale-

gres al Dios de Jacob.” Repitamos incensantemente sus alabanzas, y procuremos disponernos del modo debido para alimentarnos con el cuerpo y sangre de nuestro Señor, y que por su misericordia infinita comamos en la Eucaristía nuestra vida y no nuestra eterna muerte.

La epístola es del capítulo segundo de la primera del apóstol San Pablo á los corintios, donde este apóstol cuenta la institucion del sacramento de la Eucaristía como el mismo Jesucristo se la reveló. “Hermanos, les dice, porque yo supe del mismo Señor lo que os he enseñado: que el Señor Jesus, la misma noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.” No he recibido de los hombres ni tampoco de los demás apóstoles, dice San Pablo, lo que os he enseñado tocante á la Eucaristía: el mismo Jesucristo me lo ha revelado. No omite el santo el hacer mencion de la circunstancia del tiempo: dice que la misma noche en que el Salvador fué entregado alevosamente á sus enemigos por uno de sus apóstoles, y tratado con la mayor crueldad, en esta noche dice que instituyó el divino sacramento, la prenda mas preciosa de su amor y el testimonio mas visible de su ternura. Fué propiamente este el testamento de este amable Padre, por el cual se dió todo á sus hijos pocas horas antes de morir, sin reparar en que entónces mismo lo trataban sus hijos con la mayor ignominia. Tomó el Salvador el pan, Jesucristo no pudo tomar sino pan sin levadura, que era el solo de que se podia usar cuando se celebraba la pascua, dá gracias á su Padre por el poder que le ha comunicado (era esta la práctica ordinaria de Jesucristo antes de obrar alguna maravilla), habiendo partido despues el pan que tenia en sus manos les dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo, el cual se entregará por vosotros. No dice el Señor: Tomad y comed este pan; sino Tomad y comed, este es mi cuerpo; es decir, la sustancia que os presento bajo estas especies es mi cuerpo. Pues la misma verdad dice: este es mi cuerpo. Persuadámonos, dice San Crisóstomo, creamos sin dudar que es así, mirémosle con los

ojos de una fé viva. Este es mi cuerpo: tal es la virtud y la fuerza de las palabras de la consagracion, producir en calidad de causa eficiente lo que expresan. Para que esta suerte de proposiciones sea verdadera, no es menester sino que la cosa que designan exista luego que se pronuncian. Lo que Jesucristo tomó en sus manos no era sino pan; pero no bien hubo pronunciado estas palabras, este es mi cuerpo, cuando toda la sustancia de pan fué en cierto modo aniquilada, y no quedó otra sustancia en la que Jesucristo daba á comer á sus apóstoles, que su propio cuerpo. No quedaba del pan otra cosa que las apariencias, á saber: el color, la figura, el peso, el sabor, lo que comunmente se llaman accidentes ó especies. No tenemos en el Nuevo Testamento cosa mas formal, mas precisa, mas clara, que la realidad del cuerpo y sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía: cuantas veces se habla de este divino misterio, siempre se habla de una presencia y de una manducacion real y corporal del cuerpo y sangre de Jesucristo. En ninguna parte se expresa el sentido figurado, antes bien se excluye positivamente, pues el cuerpo que Jesucristo dá á comer á sus apóstoles, era, segun su palabra, el mismo que entregó á las ignominias de su pasion y á la cruz, para redimirnos: *Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.* Y nadie, que no sea maniqueo, osará decir que el cuerpo del Hijo de Dios no fué entregado á la muerte sino en figura.

“Haced esto en memoria de mí.” Al decir estas palabras el Salvador, ordenó de presbíteros á sus apóstoles. *Siempre que comiereis este pan,* dice Jesucristo, *y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga.* El sacrificio incruento de Jesucristo, no diferenciándose sino en cuanto al modo del sacrificio cruento del mismo Salvador, debe excitar en el espíritu de los que participan de él la memoria de la muerte de Jesucristo en particular. Por estas palabras, hasta que venga, nos dá á entender San Pablo que el sacramento de la Eucaristía durará hasta el fin del mundo.

Cualquiera que comiere de este pan ó bebiere de este cáliz indignamente, dice el apóstol, será reo de delito contra el cuer-

po y sangre de Jesucristo: es decir, que el que comulgare sacrilegamente, no será menos culpable que si hubiere hecho morir á Jesucristo y hubiere derramado su sangre. Ninguna cosa prueba mas demostrativamente la presencia real del cuerpo y sangre del Salvador, que esta expresion del apóstol; y además de esto muestra que, segun el mismo San Pablo, es lícito comulgar bajo una especie solamente. Si el delito de los judios que derramaron la sangre de Jesucristo nos causa horror, no debe horrorizarnos menos el de los cristianos que la profanan con comuniones sacrílegas. No ofrecen un sacrificio, dice San Crisóstomo, sino que hacen una muerte: lo que toman no es un alimento, sino un veneno; porque el que lo come y bebe indignamente, se come y bebe su condenacion, no discerniendo el cuerpo del Señor, es decir, que en sí mismo tiene la prueba visible de su delito, que su proceso está acabado, por decirlo así. Este divino Salvador es su Juez, este pan de vida es su sentencia de muerte. Sacrilegio, traicion, negra ingratitud, hipocresía enorme, ¡cuántos delitos, buen Dios, en una sola comunion indigna! ¡Y qué efectos se pueden seguir de aquí? El endurecimiento, sin duda, y regularmente la impenitencia final.

El evangelio de este dia igualmente nos dá una explicacion del gran misterio de la Eucaristía, mostrándonos el medio de que se valió Jesucristo para disponer los espíritus de los hombres para que comprendiesen el milagro que queria hacer antes de su muerte, esto es, de la real transubstanciacion del pan y del vino en su carne y en su sangre, para servir de comida y de bebida á nuestras almas. Habló muchas veces á sus discípulos de un alimento todo divino que queria darles, el cual á mas de alimentar el alma, y comunicarle la vida de la gracia, le procuraba por ella la bienaventuranza eterna. De este modo les empezó á hablar del misterio de la Eucaristía, diciéndoles: “No me buscais ni me seguís tanto por los milagros que me habeis visto obrar, como por los panes que habeis comido. Los panes que os he dado, os han dejado satisfechos, y los habeis hallado de un gusto delicioso: esto es lo que os atrahe,

esto es todo lo que buskais. Levantad vuestros pensamientos y vuestras esperanzas; desead un alimento mucho mejor, un alimento que hace vivir eternamente: el que lo dá, y á quien lo debeis pedir, es este mismo que os habla, el cual es á un mismo tiempo Hijo de Dios é Hijo del hombre: hasta ahora nada os ha dicho que su Padre no lo haya aprobado y como sellado con su sello: de este mismo Padre ha recibido el poder de hacer todos esos milagros que habeis visto, y que son otras tantas pruebas palpables de su divinidad, cuya plenitud reside corporalmente en él y obra todos los prodigios que él hace."

Este razonamiento les hizo comprender muy bien que el pan de que hablaba el Salvador no era de la misma especie que el pan usual; y les entró un tan gran deseo de comerlo, que le preguntaron allí mismo qué debian hacer para ser dignos de comerlo. Lo que debeis hacer, les respondió entónces el Salvador, es tener un fé viva y perfecta, y creer en aquel que el Padre ha enviado. De estas palabras se colige muy bien que el Salvador queria hacerles entender que era menester una fé perfecta para el gran misterio de la Eucaristía, y la respuesta de los discípulos hizo ver claramente que la mayor parte de los que lo oían, no tenían ni una fé pura, ni una idea bastante digna del don que queria darles, porque al punto replicaron: ¿y qué milagros haces para mostrar tu poder y obligarnos á creer en tus palabras? si nosotros viéramos algun milagro que durase mucho tiempo y que fuese útil generalmente á todo el pueblo, como lo fué el de el maná del desierto, bien pronto conseguirias que creyésemos cuanto nos dijeras; ¿pero qué hay de extraordinario en tus milagros, que se hacen en un momento y de los cuales se utilizan tan pocas gentes? Se ve muy bien en esto, que los que hablaban así, quizás no se habian hallado en el desierto cuando con cinco panes dió de comer á cinco mil personas; y es claro que fueron estos los que, habiéndole oído despues hablar mas positivamente del misterio de la Eucaristía, se retiraron y no le siguieron mas.

El maná, le dijeron, que comieron nuestros padres era un

pan que venia del cielo todos los dias, y que fué el alimento ordinario del pueblo los cuarenta años que estuvieron en el desierto: esto nos da á conocer la santidad y el poder de nuestro legislador Moisés: en esto fundamos el crédito que damos á su testimonio, como que es de un hombre manifiestamente el enviado de Dios. Este mal raciocinio de los judíos movió al Señor mas á compasion de su ignorancia, que á indignacion contra su incredulidad. Les dijo con mucho agrado, pero con un tono afirmativo y como de Maestro y Señor, que el maná que Moisés les habia dado á sus padres, no era propiamente pan del cielo, sino una figura del pan del cielo; que el verdadero pan del cielo, era el que Dios su Padre les daba, y que hablando en rigor, no habia otro pan sino este que hubiese bajado del cielo para dar vida al mundo. Si es así, le dijeron, si Dios gusta hacer que comamos nosotros de este pan celestial, haz de modo que no nos falte jamas. Jesucristo no aguardaba, digámoslo así, sino una ocasion como esta para descubrirles el misterio de los misterios. En efecto, les habló de él tan claramente, que es menester cegarse uno á sí mismo y obstinarse hasta el extremo, para no creerlo.

Yo soy, les dijo Jesus, el verdadero y único pan de vida, el que viene á mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá jamas sed. Pero yo os lo he dicho: vosotros me habeis visto, y con todo no creéis. Viendo el Hijo de Dios que muchos murmuraban contra él porque habia dicho: yo soy el pan vivo, que bajé del cielo; quiso darles á entender la verdad de este misterio, confirmándolo en los mismos términos y aun en términos mas claros lo que les habia dicho. Yo soy el pan de vida, y un pan muy diferente del maná, que jamas pudo eximir de la muerte á vuestros padres que lo comieron en el desierto, ni ser para ellos una prenda de la vida eterna. Solo es pan vivo el pan que bajó del cielo y que dá vida: yo soy este pan vivo, y os prometo que los que se hicieren dignos de comerlo, vivirán eternamente.

Empieza aquí Jesucristo á hablar positivamente de la manducacion real y verdadera de su cuerpo. Las palabras de que

se sirve son tan expresas, que los judíos, aunque estaban acostumbrados á un estilo figurado y metafórico, no pudieron menos de tomarlas en el sentido propio y literal; y el Salvador, bien lejos de suavizar ó modificar lo que acababa de decir, continúa en explicarse en términos todavía mas formales y mas expresos. "El pan que yo os daré es mi propia carne." Unas palabras tan expresas y tan claras hicieron toda la impresion que debian hacer naturalmente; y así se decian unos á otros: ¿cómo puede este hombre darnos su carne á comer? Ciertamente si este divino Maestro, cuyas palabras son otros tantos oráculos, no hubiese querido dejar á los fieles sino una figura de su cuerpo, y no darles sino pan comun, ¿hubiera podido ver y oír á sangre fria, y sin explicarse, la disputa que se suscitó entre sus oyentes y sus discípulos? ¿no era conveniente y necesario para aquietar unos espíritus alterados, decirles que el pan misterioso de que hablaba, no debia ser sino figura de su propia carne? Pero como aquí se trataba de uno de los principales puntos de la fé, y de una verdad importante, contra la cual se habian de levantar tantos espíritus revoltosos en los siglos siguientes y vomitar tantos errores, Jesucristo confirma con términos todavía mas expresos y mas fuertes lo que habia pronunciado tocante á este divino misterio. Disputad cuanto quisieris, les dijo el Salvador, y mirad mi proposicion como una verdad incomprendible. En verdad, en verdad os digo, que si no comeis la carne del Hijo del hombre, y si no bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros; y estad bien persuadidos que el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna. Esta verdad, tantas veces repetida, y dicha en términos tan claros á unas gentes que la hallaban tan dura, es una prueba concluyente de la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el Santísimo Sacramento; y como si todavía no se hubiese explicado bastante el Salvador, dice: "Porque mi carne es no figura sino verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida." Y como no conocemos union mas íntima que la que se hace por el alimento, añade Jesucristo: "El que come mi carne y bebe mi san-

gre, queda en mí y yo en él; y así como yo vivo por mi Padre, á este modo el que me come vivirá por mí." Es decir, que así como Jesucristo es una misma cosa con su Padre por razon de la naturaleza divina, así á proporcion se hace él mismo el principio de una vida espiritual y divina en los que se unen con él por la participacion de su cuerpo y de su sangre: *Este es el pan que bajó del cielo: el que come este pan vivirá eternamente.*

En la Sinagoga de Cafarnaum era donde enseñaba Jesucristo este misterio. Muchos de sus discípulos no comprendieron bien el sentido de esta verdad; no quisieron creerla, y así abandonaron al Salvador: tanto les chocaba la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristia. No los llamó el Salvador; dejólos ir, y se contentó con decir que sabia muy bien que entre los que lo seguian, habia algunos que no tenían fé: acaso dijo esto de sus verdaderos discípulos. *Porque, añade el Evangelista, siempre habia tenido conocimiento de los que no creian.* Y encarándose á los apóstoles, les dijo: *¿Por ventura quereis tambien vosotros retiraros?* Al oír esto San Pedro, dijo en nombre de todos: Señor, á quién iremos? tú tienes las palabras de la vida eterna. Como si dijera, nadie puede salvarse si no cree en tus palabras. Por mas incomprendible que sea al espíritu humano el misterio que nos habeis enseñado, creemos que nada hay mas cierto, pues estamos persuadidos que vos sois el Mesías, el Hijo único de Dios vivo, y que nada os es imposible, pues sois todopoderoso.

La epístola es del capítulo XI de la primera del apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Yo pues aprendí del Señor lo que tambien os tengo enseñado &c. pág. 187.

El evangelio es del capítulo VI de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: *Mi carne verdaderamente es comida &c. pág. 188.*

MEDITACION.

Sobre la vida que comunica á la alma la sagrada Eucaristía.

Considera que siendo la carne de Jesus sacramentado nuestra comida, y su sangre nuestra bebida, debíamos tener no solo la misma sino aun mayor solicitud y anhelo por comer y beber de una y otra, que la que tenemos por saciar nuestra hambre y apagar nuestra sed con la comida y bebida que damos á nuestro cuerpo. Es indudable que mucho mayor interés tenemos en conservar y aumentar la vida espiritual de nuestras almas, que en mantener la natural con que existimos en el mundo, y que ésta no es apreciable sino por aquella. ¿Pues cómo es que hombres racionales, que tienen en sí una innata propension á conservar su existencia, vean con tanta indiferencia el alimento de sus almas, que nunca ó casi nunca traten de recibirlo? Es este un misterio de ingratitud, y al mismo tiempo la prueba mas espantosa de la ceguedad é insensibilidad á que reducen á los hombres los vicios y pecados. Apenas puede creerse, pero es cosa que se ve con los ojos y en tantos tantos, y con tanta frecuencia, que pudiera servirnos de tentación ó motivo para titubear en la fé, si no viéramos al mismo tiempo cumplido en ellos el oráculo de Jesucristo: no comen ni beben, y parecen vivos; pero en la realidad están muertos: pues Jesucristo dice que los que comen su carne y beben su sangre, permanecen en él y él ellos; y vemos que estos hombres, ni permanecen en Cristo por la gracia, ni lo tienen en sus almas por la caridad. ¡Oh estado infelicísimo de vida aparente y verdadera muerte!

Considera que es tanto mas apreciable la vianda sacramental, que la terrena con que nos alimentamos, cuanto que ésta mantiene precariamente una vida que al fin ha de acabar, y aquella nutre y conserva de un modo sublime la vida que no tiene fin. El que come de este pan, dice Jesucristo, vivirá eternamente. ¿Y por qué? Porque este es un pan, dice el

mismo Salvador, que ha venido del cielo. ¿Pues qué comunicará un pan venido de los cielos sino la vida celestial con que viven eternamente los bienaventurados en la pátria? Verdad es que el que le come en esta vida transitoria, puede morir, perdiendo la vida de la gracia, con la muerte del pecado; y por eso se simbolizó en el maná de que se alimentaban los israelitas en el desierto, y que á pesar de que le comían eran mortales y morían en efecto. Pero este es el misterio que encierra este pan celestial, que aquel que le come con las disposiciones de gracia y de pureza que demanda, y que pone de su parte todo cuanto es debido para no perder esta gracia, asistido de ella misma, no muere, esto es, no cae en pecado mortal, conserva la gracia hasta morir y por ella vive eternamente.

PETICION Y PROPOSITOS.

Dame, Señor, este pan celestial, este pan de vida que me haga vivir eternamente. Dame este sacramento de salud; pero no solo el sacramento, sino la virtud y efecto del sacramento; pues así como no quiero verme privado de este pan celestial, tampoco quiero comerlo de manera que coma en él mi juicio y mi muerte. Sepa yo discernir esta vianda de la comida material, y así tambien sepa discernir la disposicion verdadera, que me haga digno de comerla, de aquella falsa y aparente con que muchos lo comen y devoran su muerte.

JACULATORIA.

¡Quién nos dará á comer tu carne sacratísima para que nos saciemos, ó buen Jesus!

LECCION.

Sobre procurar merecer la bendicion de Jesus.

La bendicion que el Salvador dió á sus discípulos al tiempo de subir á los cielos, despues de haberles mandado que predi-

caran por todo el mundo su doctrina y enseñaran á los hombres á guardarla, nos manifiesta que para merecer la bendicion de Jesucristo es necesario dar buen ejemplo á nuestro prójimo. Porque si el que dá un vaso de agua en nombre de Jesus, no quedará sin recompensa, ¿cuál será la retribucion del que con sus amonestaciones ó con su ejemplo, dé al alma de su prójimo agua de vida, es decir, instruccion en las obligaciones de cristiano, estímulos para la virtud, ó consejos para que se abstenga de los vicios? Mientras que estamos en este valle de lágrimas, hemos de luchar contra los escándalos, porque es necesario que los haya sobre la tierra para probar la virtud de los escogidos; pero no seamos nosotros los que los demos, sino los que los combatamos. En esto adquirimos un gran mérito y la bendicion de Jesus, así como en aquella nos haremos acreedores á su eterna maldicion. *¡Ay de aquel, esclama el mismo Jesucristo, por quien viene el escándalo! ¡Qué terrible! ¡qué desgraciada será la suerte futura del escandaloso cuando el mismo Jesucristo se lamenta de ella! Pregúntemonos ahora si hemos merecido la bendicion ó maldicion de Jesus. ¡Ah! ¡qué cuenta tan estrecha tenemos que dar por nuestros escándalos! ¡Quién es el que no-haya dado alguno con sus pecados? Recorramos la historia de nuestra vida, y no encontraremos en ella mas que escándalos que hemos dado. ¡Cuántos entendimientos débiles habrán vacilado en la fé, y tal vez apostatado de ella, movidos con nuestros discursos? ¡Cuántos se habrán incitado á pecar con nuestro ejemplo? ¡Cuántas personas inocentes, aunque materialmente no hayan profanado sus cuerpos con las inmundicias de la carne, habrán manchado sus almas con pensamientos asquerosos, y quizá nosotros con nuestras conversaciones y galanteos habremos dado ocasion á que pierdan la inocencia de su espíritu, y les habremos quitado el velo de los ojos para que conozcan el camino de la iniquidad y lo amen, aunque no puedan arrojarle á él por algunos impedimentos humanos? ¡Ay de nosotros católicos! Veamos la mano del Eterno levantada para amedrecirnos, escuchemos los gravísimos cargos que nos hace:*

Tú, nos dice, me has robado las almas redimidas con mi sangre, para entregarlas al infernal dragon. Tú, en vez de procurarme fieles servidores, como debias procurarlo siendo cristiano, solo te has ocupado en hacer desertores: y ¿de dónde, y para dónde los has sacado? Del seno de un padre benigno que les tenia preparado un lugar de delicias, todos los bienes y por toda una eternidad: vosotros los habeis conducido al poder del padre de la mentira, y los habeis hecho acreedores á que eternamente habiten en el fuego destinado para el diablo y sus secuaces. Vosotros, sí, vosotros escandalosos, me habeis de responder de sus almas, de la bienaventuranza que han perdido, de las penas que sufrirán, de las ofensas que han hecho, y de mi sangre inútilmente derramada para ellos por vuestra causa. ¡O cargos terribles! ¡O cargos que nos conducirian hasta la desesperacion si no contáramos con la infinita misericordia del Altísimo!

Mas no nos desanimemos; mientras vivimos es todavía tiempo de remediar los males. Hemos delinquido, es verdad, pero podemos reparar con buenas obras los daños que hemos causado. Procuremos, pues, alcanzar aquella inestimable bendicion que Dios ha de dar en el dia del juicio á los que le hayan dado de comer, de beber, lo hayan vestido, lo hayan visitado estando en la cárcel ó enfermo, en una palabra, al que haya sido caritativo con su prójimo. Cubramos con buenas obras la multitud de nuestros pecados: si hasta ahora hemos merecido la maldicion de Jesus, tenemos el camino abierto para que la revoque y nos dé su bendicion. Dirijamos nuestras miradas á los pobres, á los afligidos, á los desgraciados; anticipemos nuestros socorros á sus ruegos; imitemos á nuestro liberalísimo Dios. ¡Cómo se conmovieron sus piadosas entrañas al ver la desgracia del hombre! Lo vió caído, degradado, hecho esclavo del demonio, y determinó socorrerlo, dando por su rescate nada menos que á su Verbo Divino hecho hombre para que padeciera, muriera y se ofreciera en una cruz por víctima de propiciacion. ¡Qué caridad tan estupenda! Mas no para aquí; conociendo Jesus nuestra debilidad y que necesitá-

bamos de un esfuerzo continuo para poder caminar por la senda de la virtud, se quedó con nosotros en el sacramento de la sagrada Eucaristia; pero no solo se quedó, sino que quiso nos alimentáramos con su precioso cuerpo y sangre. ¿Quién es capaz de comprender este exceso de liberalidad? Ciertamente que nos asombramos al contemplarla; pues mas debemos admirarnos de que no la imitemos. ¿Qué pretextos no inventamos para no socorrer á nuestro semejante! Aun cuando le damos algo, ¿qué rara vez lo hacemos sin mezclar en nuestras dádivas la esperanza de la recompensa temporal, el agradecimiento del socorrido, ó por lo menos nuestra vanidad! Corazones duros, que os desentendeis de los clamores de la indigencia, sereis malditos en el último de los dias. Entónces quisierais haberos empleado toda vuestra vida en utilidad de vuestro prójimo, y haberlo socorrido y auxiliado con todos vuestros haberes, industria y talento; pero ya será tarde: esos deseos impotentes solo os servirán de tormento, por no haberlos puesto en práctica en el tiempo aceptable.

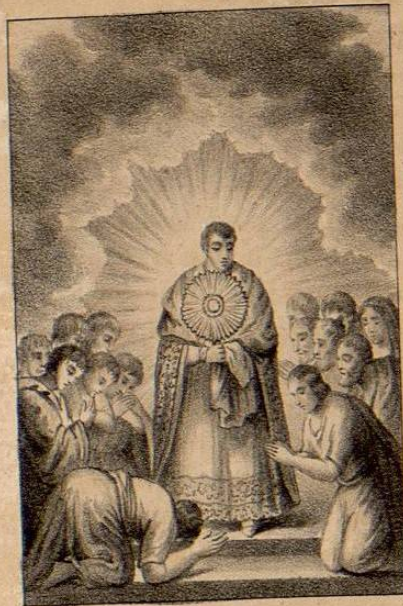


FESTIVIDAD

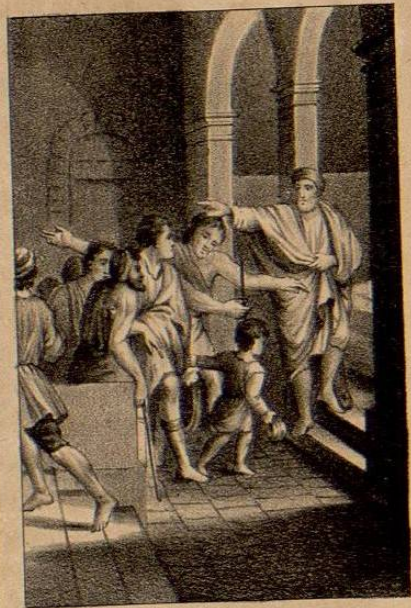
DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

En estos últimos siglos, en que, en medio del aumento de la corrupcion é impiedad, se ha renovado el fervor de los santos con la particular devocion á las perfecciones de Cristo y á los misterios de su vida adorable, se ha servido nuestro amabilísimo Redentor revelar la singular devocion á su sagrado corazon y encender á los fieles, mediante ella, en su amor, y ser desagraviado de los ultrajes que recibe en el augusto sacramento de la Eucaristia, de parte de los hereges y malos cristianos, por un culto especial que se tributase á esa misma fuente del amor divino.



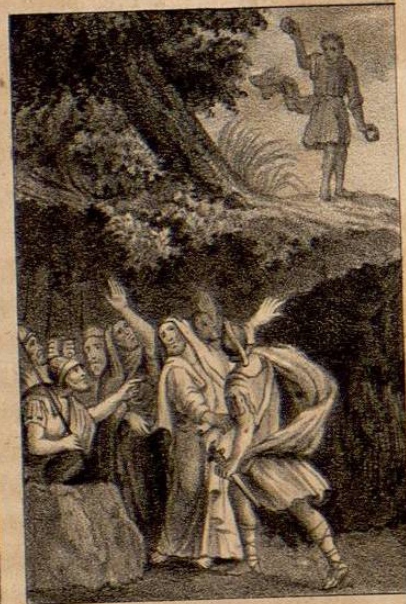
Jueves de Corpus.



Domingo 2.º despues de Pentecostes.



Sagrado Corazon de Jesus



Domingo 3.º despues de Pentecostes.